

Lo que sea de cada quien

Un brindis para Álvaro Uribe

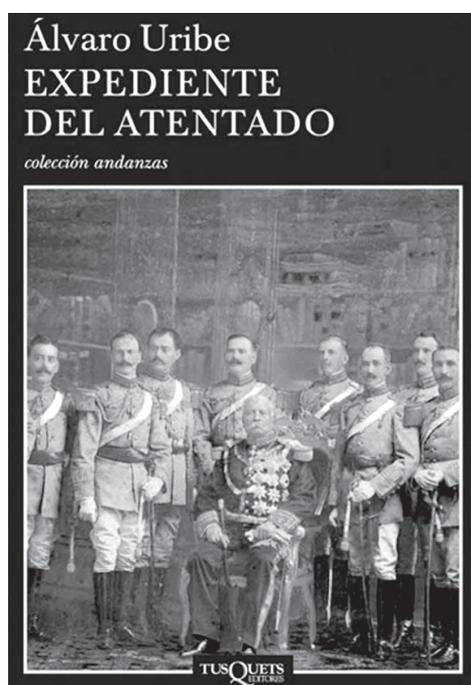
Vicente Leñero

Al salir de una asamblea en la academia de cine, Jorge Fons me entregó un libro editado por Tusquets: *Expediente del atentado* de Álvaro Uribe. Fons estaba entusiasmado con la novela. Quería hacer una película.

Mucho había oído hablar de Álvaro Uribe —homónimo, para su desgracia, del nefasto ex presidente colombiano—, aunque por dejadez o distraimiento no había leído aún sus novelas. Lo hice, de una sentada, con la obra que me regaló Fons. Y me sorprendí maravillado. Tanto que de un solo impulso fui a la librería Rosario Castellanos del Fondo de Cultura y adquirí sus tres novelas anteriores: *Por su nombre*, *El taller del tiempo* y *La lotería de San Jorge*. Había descubierto de golpe a un extraordinario armador de estructuras narrativas, a un hábil tejedor de historias, a un exquisito cultivador del estilo como lo son —admirables prosistas— Fernando del Paso, Gonzalo Celorio, Fabio Morábito...

Mi entusiasmo no me llevó a tanto como era buscar a Álvaro Uribe, frenado por aquel añoso prejuicio del “es mejor leer a los buenos escritores que conocerlos personalmente”, hasta que un amigo de ambos, Gerardo Villadelángel —responsable del ambicioso proyecto de *El libro rojo*—, nos puso frente a frente en el Koczka, un restaurante polaco de la avenida Mazatlán.

Uribe resultó tan magnífica persona como escritor. Su sencillez sin telarañas, su cordialidad exenta de esa sutil o abierta pedantería de quienes se saben talentosos, gobernó nuestra prolongada charla. Con una cerveza como aperitivo que abrió camino a las botellas de Concha y Toro, el tinto chileno elegido por el sibarita Uribe, comimos sin recato compartiendo anécdotas picantes



sobre personas y sucesos de nuestro ambiente cultural. De las tres de la tarde a las diez y pico de la noche, chismeamos más que bebimos. No. Rectifico: bebimos más que chismeamos porque entre los tres se vaciaron así de fácil siete botellas del Concha y Toro.

Ya cargada la noche y pagada la cuenta, me levanté a orinar por enésima vez. Cuando regresé de los sanitarios mis amigos se habían volatilizado como fantasmas. Ni ellos ni yo nos dijimos adiós. Sólo en el momento en que el hombre del valet parking puso enfrente mi auto me di cuenta de que estaba alcoholizado: pedísimo, es la palabra.

Como había quedado de llegar temprano a casa, Estela se preocupó. Llamó a mi vecino-yerno Jesús Ochoa, quien salió pitando hacia el restaurante cuyo nombre localizaron en mi calendario-agenda. No llegó a tiempo. Ya iba yo conduciendo por la avenida Mazatlán.

Un taxista trató de llamarme la atención por las eses que el auto trazaba, pero no me detuve hasta distinguir el centelleo de la torreta de una patrulla estacionada.

Recuerdo apenas la sombra del patrullero asomándose por la ventanilla.

—Usted no puede manejar en ese estado —gruñó con voz de granito.

—Claro que no —respondí—. ¡Claro que no! —Y de inmediato le ofrecí ¡cien pesos!, ¡cien pesos!, que valoré como una cantidad extraordinaria, si tomaba el volante y me llevaba hasta mi casa.

Ahora que me ayuda la memoria no deja de sorprenderme la reacción servicial del policía, sobre todo la inveterada costumbre de creer que los tiras están prontos a aprovecharse de un beodo para asaltarlo o llevarlo, en el mejor de los casos, a alguna unidad del alcoholímetro.

Éste no. Gustoso y presto se puso al volante, dijo algo sobre las delicias del alcohol, sobre el derecho que todos tienen de pasarla bien con el trago, y seguidos de la patrulla, del taxista y del auto de Jesús Ochoa quien localizó mi vehículo ya tarde, cerca de la avenida Revolución, llegamos en caravana hasta mi domicilio.

El uniformado me entregó con Estela mientras yo sacudía en el aire el billete de cien pesos, y mientras Ochoa se ofrecía como culpable ante el patrullero jefe. Yo tuve la culpa, oficial. Quedé con mi suegro de recogerlo en el restaurante pero me entretuvieron en la filmación de la película. Yo tuve la culpa —insistía Ochoa.

Él permaneció unos instantes más en la banqueta garabateando autógrafos para los policías honrados y el taxista.

Yo caí en la cama como un lugar común. **U**